

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 29 DE AGOSTO DE 1901

NÚM. 562



Para con este rosal
no perder el equilibrio,
se necesita ser tonto
ó, por lo menos, ser chino.



CHARLA

RAN Dios! ¡La criminalidad fomenta que es un disgusto!
Los periódicos no se pueden coger: chorrean sangre.
¡Qué horror!

Suicidios, desafíos, asesinatos, robos á mano airada, criaturas tiernecitas martirizadas... ¡La mar de cosas!

En un pueblo de la Mancha, *de cuyo nombre etcétera*, se ha cometido un tremendo crimen, según me han contado para que no lo diga.

Pero yo no les puedo ocultar nada á mis lectores, y allá va lo que es.

Lugar de la escena, un corral grande: en un rincón un establo y en el centro un pozo con poca agua dulce.

Son las doce de la noche. Un hombre salta las tapias del corral, al mismo tiempo que se escucha el mugido de un toro.

Es el dueño de la casa... el que ha saltado.

No es un ladrón.

¿Por qué no penetra por la puerta como otras veces?

Ahora se sabrá.

Con la barriga pegada en el suelo, se arrastra como un sapo hasta llegar á la puerta de la cocina.

Dentro hay luz, y se escuchan las voces quedas de dos personas. Un hombre y una mujer.

Esta es la esposa del que ha saltado las tapias del corral, y él su amante.

El marido acaricia el puño de una daga mortífera, y va á entrar donde está la esposa infiel.

Pero en este momento se ve suspendido en el aire, al fuerte impulso de un terrible topetazo del toro, que estaba suelto en el establo.

El pobre hombre lanza un grito y cae en medio del corral herido mortalmente de una terrible cornada.

La puerta de la cocina se abre prontamente, saliendo la adúltera y su amante.

Y el toro, á su vez, arremete contra ellos con tal furia, que, en menos tiempo del que se cuenta, acaba con los dos, dejando al hombre junto al cadáver del otro, y á la mujer dentro del pozo de agua dulce.

Este horrible crimen tiene consternado á aquel pacífico vecindario, el cual ha acordado castigar al criminal, ó sea al toro, dando con él una novillada, cuyos productos serán destinados para sufragios de las almas de sus víctimas.

*
**

Ahora parece que se ha puesto de moda eso de martirizar á las personas, más ó menos criaturas.

Conozco á un pobre señor que está siendo víctima de su esposa.

El bueno del hombre no sabe llevar los pantalones, y su mujer lo zarandea de un modo inhumano.

Por las mañanas no le da de almorzar, según ella, por economía.

Para comer, judías á todo pasto; y para cenar... judías y más judías.

Yo creo que las autoridades debieran evitar estos martirios.

Pues bien: este infeliz, lejos de enflaquecer, va engordando de un modo pasmoso.

Pero ¡qué gordura!

Aquello es aire por todas partes. Está inflado, y el día menos pensado se elevará como un globo, si es que no estalla antes como un gasómetro.

Sé de otra señora que ha condenado á su marido á suegra perpetua, que es mucho peor que la cadena del presidio.

Este señor ya no conoce á los amigos y ha comenzado á ponerse tonto.

Dicen, no sé qué habrá de cierto, que un maestro de escuela de Andalucía se entretiene con los niños chupándoles la sangre.

Los padres se han quejado al cura de la parroquia; éste ha llamado al maestro vampiro, y ¿saben ustedes lo que le ha dicho al cura?

Que *aliqui chupatur*.

¡Cómo está el mundo!

Y lo peor del caso es que no van á parar aquí las misas.

Cada día es mayor el número de criminales y gentes sin conciencia.

Conque abran ustedes el ojo y no se dejen asesinar, ni robar, ni martirizar, aunque les ofrezcan un regalo á fin de año, como hace *Las Noticias* con su clientela.

JOAQUÍN ARQUES.

— ❁ —

APRÉS...

A CARMEN

SONETO

... y acabo de gozar. Y arrepentido
por el dolor del goce ya pasado,
siento en mi corazón desesperado
la repugnancia de mi bien perdido...

... y juro no caer; juro rendido
quererte solamente, enamorado
del amor ideal, amor sagrado

que no deje mi ser adolorido...

Pero al besar tu boca, delirante,
despiértanse brutales sensaciones,
y vencido me dejan al instante
del amor material las emociones;
que hasta en querer, para mi mal constante,
¡siempre juguete fui de mis pasiones!

LEANDRO RIVERA PONS.



Para espantarle las moscas
está esperando al sultán.

Después que se las espante,
¿sabe Dios qué pasará!

¡Qué amigos tienes...!

ILUSTRADO POR LOS ARTISTAS SEÑORITA GIL Y SEÑORES FERNÁNDEZ Y GALENO (TEATRO NUEVO)

Dos años de matrimonio son *casi* bastante para probar el amor desinteresado de una mujer. Y precisamente dos años hacía que estaban casados Leopoldo y Clara, sin que la más pequeña sombra manchara el limpio cielo de su felicidad.

Clara era bella, además joven, casi una niña, y después derrochando tal inocencia, que á veces se dudaba si se trataba de una mujer casada.

Leopoldo era también un guapo mozo, á pesar de ser telegrafista.

En fin, tal para cual.

La duda no cabía en ninguno de los corazones y vivían tranquilos y felices como un par de tórtolos en su jaula.

Leopoldo tenía un amigo, ó cosa así, que se dedicaba á emborronar cuartillas, escribiendo novelas por entregas para un editor tuerto que no sabía *de letra*.

Se llamaba Juan el amigo de Leopoldo, y tanto para éste como para su sencilla esposa, pasaba en la casa como un oráculo.

¿Juan había dicho esta cosa ó la otra?... Pues punto en boca y todo el mundo boca abajo.

Esto es lo que buscaba precisamente aquel pillastre zurcidor de enredos y trapisondas.

Se había hecho el indispensable y hasta el hombre de confianza de aquel bendito matrimonio, y esperaba la ocasión oportuna para lanzarse sobre su presa.

Ya habrán ustedes comprendido que la *presa* codiciada era la simpática Clarita.

¡Pobre Leopoldo! El tan confiado, ella tan inocente, rayando en tontucia... y el otro dispuesto á trastornar aquella feliz mansión!...

*
*
*

Eran las tres de la tarde de un día del mes de agosto.

Leopoldo estaba en la Central dándole al manipulador.

Clarita y Juan estaban solos en un reducido gabinete.

Sentados junto á una mesa, leía Juan una de sus más celebradas producciones, y la esposa de Leopoldo le escuchaba con creciente interés.

—«El cazador, esbelto y gentil cual las palmas de los bosques de Guinea, cayó á los pies de

Susana, dejando la escopeta colgada en un clavo de hierro, cuya afilada punta estaba á unos diez centímetros... cerca de once, sepultada en el muro que, con los tres restantes, formaban una habitación cuadrada »

—¡Qué bonito es todo eso!—murmuró Clara.

Juan continuó:

—«La ocasión había llegado para cometer una especie de incesto sin consecuencias mayores... por lo pronto. —¡Te amo, te amo con pasión salvaje!— dijo el cazador. —Pues bien: tuya soy;



de ese modo podré conocer tus caricias, comparándolas con las de mi esposo,—murmuró Susana. Y continuó: —Este es el mundo. No he de renunciar á la dicha que me ofreces por una puerilidad de niña.— Después todo quedó en silencio, turbado de vez en cuando por los resoplidos del viento.»

Juan dejó el libro sobre la mesa y contempló unos instantes á la mujer de su amigo.

—¡Siga usted! Me gusta mucho eso del clavo y de los resoplidos,—dijo Clara.

—Y ¿no le agradaría más ponerlo en práctica?—dijo el zascandil del escritor.— ¡Oh! ¡Eso sería muy bueno para usted, y podría apreciar lo que va de mí á Leopoldo.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Pongamos en acción lo que yo he escrito en este libro. Yo seré el cazador.

—¿Y yo Susana?

—¡Justo!

—¡Qué bonito!— dijo aquella infeliz, palmoteando alegremente.

—Pues, manos á la obra. Supongamos que ya está la escopeta en el clavo.

—Ya está supuesto.

—Usted abandona sus manos entre las mías...

—Así...



—¡Oh! ¡Qué lindas y suaves son!... ¡Es usted adorable, Clarita... digo, Susana!

—¡Esto no lo decía el cazador!

—Pero lo digo yo, que es lo mismo, y añado que un beso de tus labios de grana me haría feliz.

—¿Sí?

—Sí. No pienses en tu esposo; déjale en la oficina...

—¿Cómo?

—Digo, en la guerra; porque el esposo de Susana estaba en la...

—Pero ¿no lo sabrá él?—preguntó Clarita, disponiéndose á dar el beso.

—¡Tontona mía! ¿Cómo ha de saberlo si está en la guerra?

—¡Un cuerno!—gritó Leopoldo, cayendo como una bomba entre Juan y su esposa.

Y después, encarándose con el escritor, le obligó á poner pies en polvorosa, con libro y todo.

—¿Supongo que *habré llegado á tiempo?*—preguntó Leopoldo á Clarita, que aun no acertaba á explicarse lo que había pasado.

—Yo creo que te has precipitado,—contestó la esposa cándidamente;—aun no habíamos entrado en lo del clavo...

—¡Pues no sabes cuánto me alegro!... Para lo sucesivo, ya sabes que no hay aquí más cazador que yo ni más clavo que el mío.

La Saeta



Preludio de la siesta.

CAIDA AL DESCUBIERTO

Salió una tarde á paseo
la encantadora Rosita
en su jaca «Favorita»,
que era su mayor recreo.

A la joven la seguía
Blas Pita, su confidente,
que era un muchacho inocente,
según la niña decía.

Pues sucedió aquella tarde
que la jaca «Favorita»
fué y tiró á su señorita,
de su genio haciendo alarde.

Ella de espaldas cayó,
y aseguran, y es muy cierto,
que se quedó *al descubierto*,
y que Blas así la vió.

Este miró hacia otro lado,
como haciendo caso omiso.
—¡Mire usted qué compromiso!—
se dijo muy apurado.

Levantóse pronto Rosa
y lanzó una carcajada;
la caída no fué nada,
ó fué maldita la cosa.

Blas se acercó á su señora
y le dijo consterna lo:
—Señorita... ¿Qué ha pasado?...
—Nada, nada; y huelga ahora

el que quieras demostrarme
tan tierna solicitud.
¿Has visto mi prontitud,—
le preguntó,—al levantarme?—

Blas la miró atentamente
esta pregunta al oír,
y, después de sonreír,
le contestó el *inocente*:

—Si es que usted le da ese nombre
á lo que acabo de ver,
yo... le voy á responder
con la franqueza de un hombre.

Sería una ingratitud
engañar á usted, Rosita:
sí que he visto, señorita,
sin querer, *su prontitud*.

JUAN CASTAÑEDA.

LA CONDICION

(DOLORA)

Al regresar del otero,
lleno de gozo y cariño,
les dió á una niña y un niño
dos pájaros un cabrero.
Dándole un beso primero,
la niña al suyo soltó;
al pájaro que quedó
no se le pudo soltar,
porque el niño, por jugar,
el cuello le retorció.

R. DE CAMPOAMOR.



La siesta en pleno.

EFFECTOS DE UN CAFE CON... GOTAS



—¡Te juro que estoy mejor formada que las figuras de aquel grupo!

EFFECTOS DE UN CAFÉ CON... GOTAS



—¿Como éstas? Lo dudo.
—Pues lo vas á ver.

—¿Palabra?
—¡Palabra!

EFFECTOS DE UN CAFE CON... GOTAS



—¡Ea! ¡Fuera ropa!

(Continuará.)

LOS SOMBREROS

ESTABAN ya más de un mes en el Hotel Victoria. El era un ingeniero inglés; tendría unos sesenta años; más feo que una calumnia. Era ella una granadina de veinte



meses del mismo nombre, no sé si mayos ó noviembre; fresca y limpia como el agua de la Fuente del Avellano; delicada como los encajes de los arcos del Patio de los Leones; hermosa como la Alhambra entera; majestuosa como el Generalife.

El inglés amaba á Carmen (que así se llamaba ella), como al fuego el que tiritaba de frío, y ella despreciaba al inglés como se desprecia al imbécil ensoberbecido que acomete una empresa superior á sus fuerzas.

Ella era todo fuego; él tenía en su sangre toda la nieve de la sierra. Eran dos paralelas divergentes.

Mr. Jhon procuraba distraerse del alejamiento de su esposa dedicándose á coleccionar sellos, bastones, clavos de herraduras, cajas de fósforos vacías y sombreros. Varias veces me había enseñado sus colecciones, que estimaba en mucho, y la única que llamaba mi atención, por lo rara, era la de sombreros. Eran de proporciones exageradas, y el inglés se empeñaba en que le sentaban bien, sin fijarse en que le resbalaban hasta las orejas. En cuanto á la forma y color, si se hubiese formado un con-

curso para premiar el sombrero más feo, todos hubiesen merecido el primer premio.

Carmen, entretanto, iba amontonando penas y sentía que la frialdad de su esposo le helaba poco á poco el corazón.

Yo he tenido siempre muy buenos sentimientos, sobre todo para las señoras guapas, y no podía ver con indiferencia los sufrimientos de aquella hermosa criatura. Varias veces le había hecho proposiciones para aliviar su mal; pero jamás obtuve otra respuesta que un fuerte apretón de manos y la consabida frase de:

«—¡Imposible! ¡Mi marido es una fiera!»

A cada puerco le llega su San Martín, y á Mr. Jhon le tocó salir un día para Loja, á



cuya plaza le llamaban asuntos de su carrera.

La Providencia me deparaba un día de placer.

Fuí en busca de Carmen. Ella se negó en un principio; pero yo insistí, y, al fin, cedió.

—¡Tengo ganas de ser española un día!— me dijo.

Y, tirando el sombrero bajo la cama, se terció el pañolón, y, cogiéndose á mi brazo, exclamó en tono resuelto:

—¡Llévame donde quieras! ¡Al Albaicín, á

Nos despedimos de Pepe y de sus compañeros, y ordené al cochero que nos condujera á La Alhambra.

Al llegar al Hotel de Siete Suelos nos apeamos para internarnos por los espesos bosques. Ibamos cogidos del brazo, muy juntos, andando



á un paso menudito, que parecía el picoteo de dos palomos arrullándose amorosamente. Nadie nos veía. Sonó un beso; luego otro; después un tercero, muy apretado, como si temiéramos

que se nos escapara el alma por los labios, y después, después... Pero ¿á qué tanto contar? ¡Al final sabrían ustedes lo mismo que nosotros!...

Eran las cuatro y media de la tarde cuando regresamos á la fonda, temerosos de que llegara el inglés.

Cada uno se retiró á su habitación.

Al poco rato llegó el ómnibus, y en él mister Jhon.

A la hora de la comida se presentó Carmen del brazo de su marido.

—¿Qué tal el viaje, Mr. Jhon?

—Muy bien; pero tener un disgusto. Esta tarde creer que mi sombrero estar chico, y cuando he llegado, probar todos mis sombreros por si era manía, y todos estar chicos. Sombrero no encoger; luego cabeza crecer, y no sé de qué será...

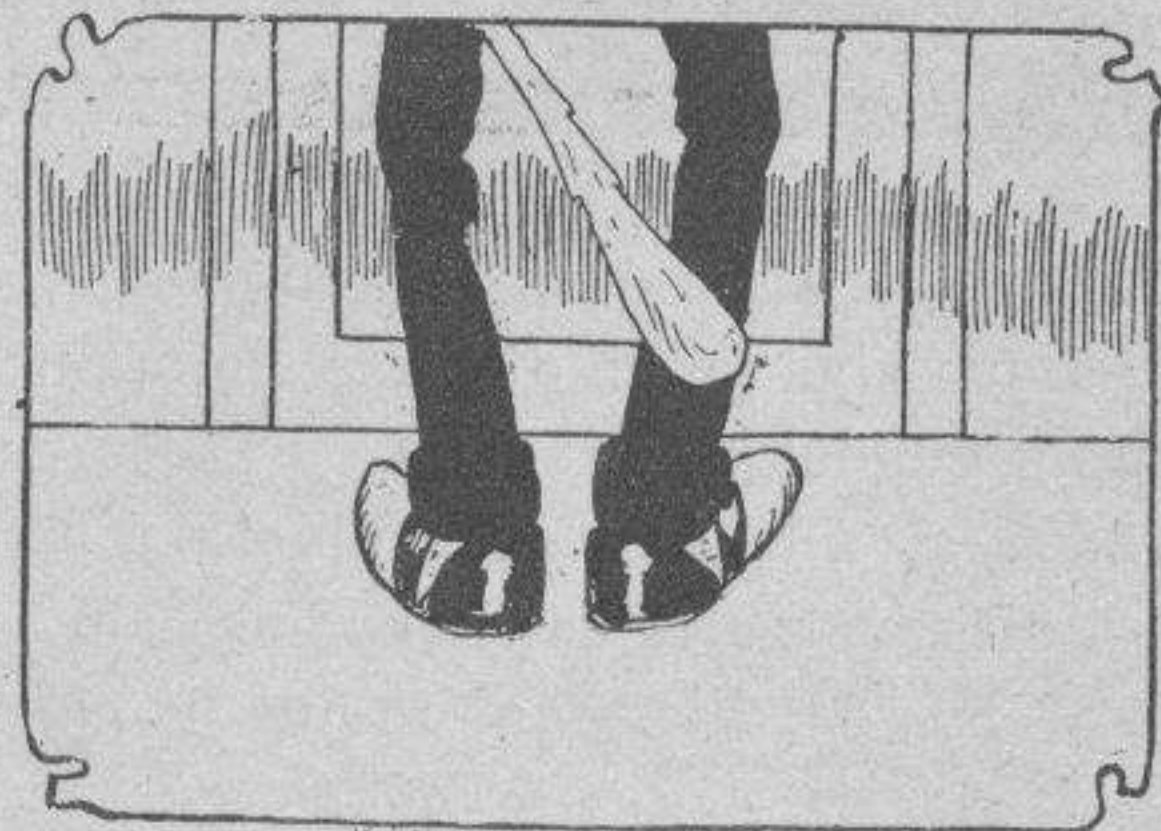
—¡Ni yo!—dijo Carmen.

—¡Ni yo tampoco!—me atreví á agregar.

F. CUENCA PI.

LA ESPOSA INFIEL

HISTORIETA MUDA HECHA CON LOS PIES, POR MÁRQUEZ





—Dicen por ahí que Dios descansó en el séptimo; que yo me haya cansado al octavo, no tiene nada de particular.

DOS PASIONES

EL amor que Eloy y Rosa se profesaban había nacido en los albores de la juventud de estos dos seres. Apenas apuntaba el bozo en la risueña cara del mancebo, cuando la chicuela le juró que para él serían aquella alma inocente y aquellas formas cuyas redondeces no habían adquirido aún su completo desarrollo. El era muy feliz con su cariño y ella lo era mucho más al ver que su Eloy, su idolatrado Eloy, la quería y sólo pensaba en ella, según él mismo aseguraba.

Sólo que esta aseveración del muchacho no era cierta. Quería mucho á Rosa, pensaba formar con ella el más feliz de los hogares, soñaba con verla; pero muchas veces sus ojos se apartaban del blanquecino rostro de la muchacha para fijarse en la morena cara de Carmen, una

amiga de Rosa que constantemente estaba en casa de ésta y parecía gozarse en interrumpir los idilios de aquellos dos enamorados

Diferenciábanse mucho las figuras de las dos jóvenes. Rosa era la criatura espiritual, de tez muy blanca, de ojos azules y de cabellos dorados, que le asemejaban á un ser impalpable, á la divina imagen de una virgen que en sueños se nos apareciera. Carmen era tipo muy contrario: menos esbelta que su amiga, era, en cambio, mucho más arrogante, sus negros ojos parecían quemar cuando miraban, su brillante cabello negro y sus exuberantes formas despertaban insaciable apetito á los hombres. En una palabra: Rosa hablaba al alma, á lo que sueña, á lo que eleva al hombre; Carmen excitaba al cuerpo, á lo que desea, á lo que nos degrada.

Y esto precisamente era lo que á Eloy le sucedía: amaba á una y deseaba á la otra. Lejos de las dos, sólo pensaba en Rosa; cuando las veía juntas, gustaba mucho más estar cerca de Carmen.

Un día en que el sol extendía sus ardientes rayos sobre la tierra, en que la calma estival emperezaba los cuerpos, Eloy se dirigía á casa de Rosa. Aquella era la hora que ambos aprovechaban para verse un momento más al día. El en la calle, resguardándose en la escasa sombra que una acacia proyectaba, y ella en el balcón de su casa, sostenían animado coloquio, que á veces interrumpían los pocos transeuntes que al medio día cruzaban la calle.

Pensando iba nuestro joven en la deliciosa charla que le esperaba, cuando recordó que en su bolsillo llevaba un pañuelo, olvidado por Carmen la tarde anterior. La casa de ésta estaba cerca; la confianza que con ella tenía le permitía visitarla á cualquier hora, y... yo no sé por qué, pero lo cierto es que Eloy deseaba subir á casa de Carmen. No reflexionaba él á qué obedecía este deseo, y sólo se decía:

—Subiré un instante; la veo y la entrego la prenda olvidada. Ella me lo agradecerá; estoy seguro de que ha de alegrarse al verme.

Llamó, y la misma Carmen salió á abrirle. Su madre no estaba: había salido con la criada á cobrar la viudedad y tardaría en volver; ella no quiso acompañarles; era fácil que la anciana



Modelo para una fuente con surtidor de agua... ardiente.

fuera á visitar á una amiga, y ella no estaba para visiteos con aquel calor.

Todo esto lo dijo la muchacha atropelladamente, como si con tan insulsa conversación quisiera atraer al joven y obligarle á que la acompañara.

Y aunque él debiera hacer lo contrario, es lo cierto que no se le ocurría despedirse de aquella muchacha que estaba sola en su casa y parecía inquietarse con su presencia, pues cada vez se mostraba más emocionada en su voz. Hablaba locamente, reía con desentreno, y escuchando su animada conversación se olvidó pronto de la pobre mujer que en el balcón le esperaba impaciente.

De entre aquel ruido de voces y risas un sonido predominó: fué el chasquido de un beso; de un beso brutal, ciego; uno de esos besos de lujuria que arrancan túrdigas de los labios y que parecen no concluir nunca.

Luego, nada: cesó la algazara, y la sala aquélla quedó en silencio.

.....

Cuando Eloy salió de casa de Carmen, lucían en la calle los faroles; vió desde lejos una figura negra y huyó. Sentía vergüenza de que la madre de Carmen le saludara.

El fresco ambiente de la noche y la vista de aquella figura despejaron algo la cabeza de Eloy, y recordando, como si del delirio de una fiebre volviera, pensó que lo que aquella tarde había sucedido tenía que tener un fin: el único remedio que un hombre honrado podía poner á aquel acto.

Así fué, en efecto.



JUANITO PARDO
(Cantor de la Jota nacional)

Hoy Carmen y Eloy están casados, y cuando en algún paseo, en algún teatro se encuentran con Rosa, oprime la mujer el brazo de su esposo y le mira con sus grandes ojos negros. Tiene miedo de la otra y sabe que así la vence. Eloy sueña como todo ser; pero, como á todo hombre, la materia le tiene encadenado.

ENRIQUE GONZÁLEZ SIMARRO.

DOS CUENTOS

Caminaba un arriero
con varias mulas cargadas
(la escena es en Aragón)
con diez sacos de cebada;
encontróse á un andaluz
que iba en dirección contraria
á la del buen baturrico,
y le pregunta con gracia:
«¿Ce va quizás pa el mercado?»;
y el arriero, con rabia,
no entendiendo la pregunta

é indignado por la *guasa*,
le respondió diligente:
—Pa tú, si quieres comprarla.

—
Un gitano que se hallaba
largo tiempo sin moneda,
lleno de fe y de entusiasmo
entró un día en cierta iglesia,
y frente al altar mayor
ante un Cristo se prosterna,
y entre lamentos, suspiros,

ayes, lloros y pamemas,
se dirige al Crucifijo
y le habla de esta mane;a:
—¡Dios mío, ten caridad
de mí! No quiero riquezas,
ni dinero, ni aun vestidos;
tan solamente quisiera
que del que tenga dinero
me coloquéis pronto cerca,
que el que se venga á mis manos,
eso queda de mi cuenta.

FERNANDO RAMOS.



LAURETA DE CARP
(Pintora escocesa)

EPIGRAMAS

Fué á París un colillero,
y á poco de estar allí
se cansó, y al volver, trajo
muchas *puntas* de París.

Vale tanto tu chiquilla,
aunque es sumamente baja,
que ya verás cómo *sube*...
si la anuncias en subasta.

Me contestó descarada
cuando la dije al pasar:
—Eres *mi sol*, sí, *mi sol*...
—¡Qué! ¿Va usted á solfear?

JOSÉ M.^a SOLÍS Y MONTORO.

Correspondencia

D. S.—*Matanzas*.—Ni me gustan sus versos, ni son propios para esta publicación.

P. P. S.—*Villarreal*.—No podemos servirnos de sus fotografías. Los modelos valen bien poca cosa; y además no hay novedad en los asuntos. Aquí están las muestras á su disposición.

J. S. R.—Se publicarán sus pasatiempos.

E. T.—Su «Soliloquio» no me resulta. Haga otra cosilla y veremos.

F. R.—No sirven sus «Rasgueos».

M. F. L. de la O.—No me resulta su «Mujer», y lo siento. Hubiera tenido gusto en publicar los versos con ese título. En fin, otro día será.

S. H.—Es muy inocente su artículo.

A. V.—*Guadalajara*.—Siento no poderle complacer.

M. P. O.—No sirven sus versos. Además, le aconsejo que se cambie las iniciales de sus apellidos. Suenan muy mal.

AVISO

Se advierte á los señores que mandan pasatiempos para LA SAETA, que si quieren verlos publicados, caso de ser admitidos, escriban, en adelante, por una sola cara y con la solución al pie. De lo contrario, aunque sean publicables, no respondemos de su inserción.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarreal, 17.—Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

Charada

Espérame en la *dos prima*,
querida *primera dos*,
y allí estaremos tan solos
que sólo nos verá Dios.

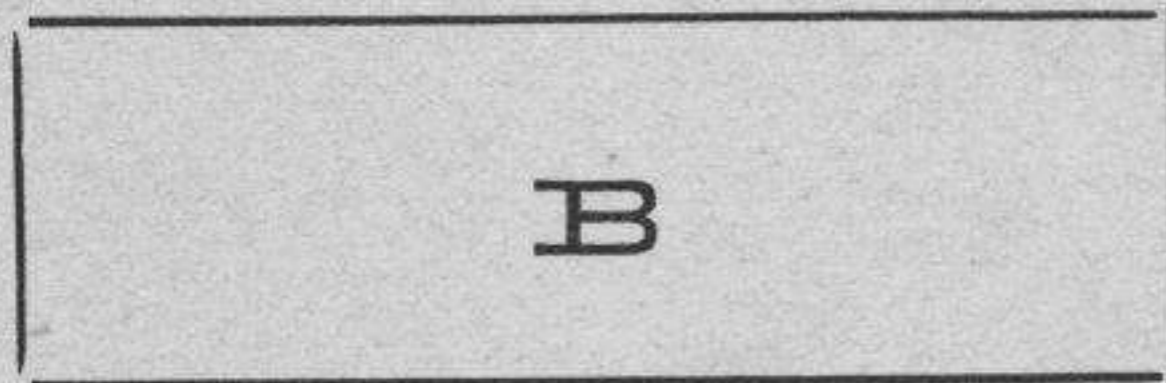
X.

Jeroglíficos comprimidos

I

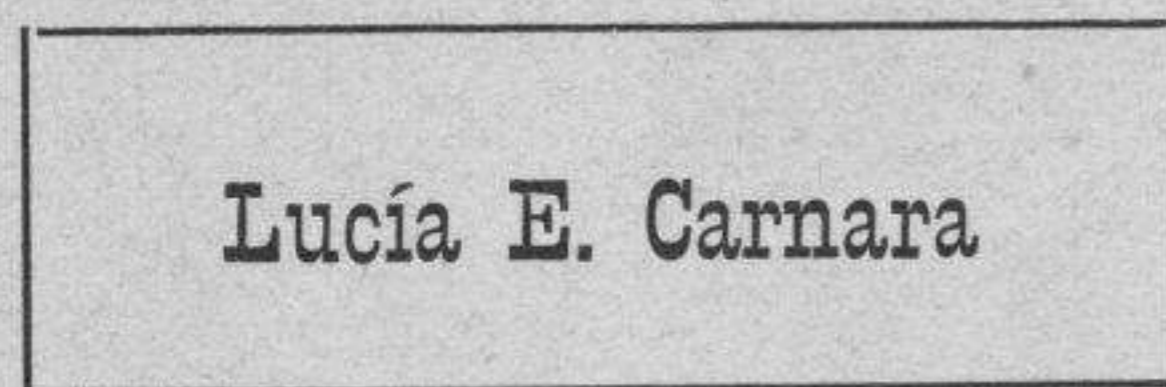


II



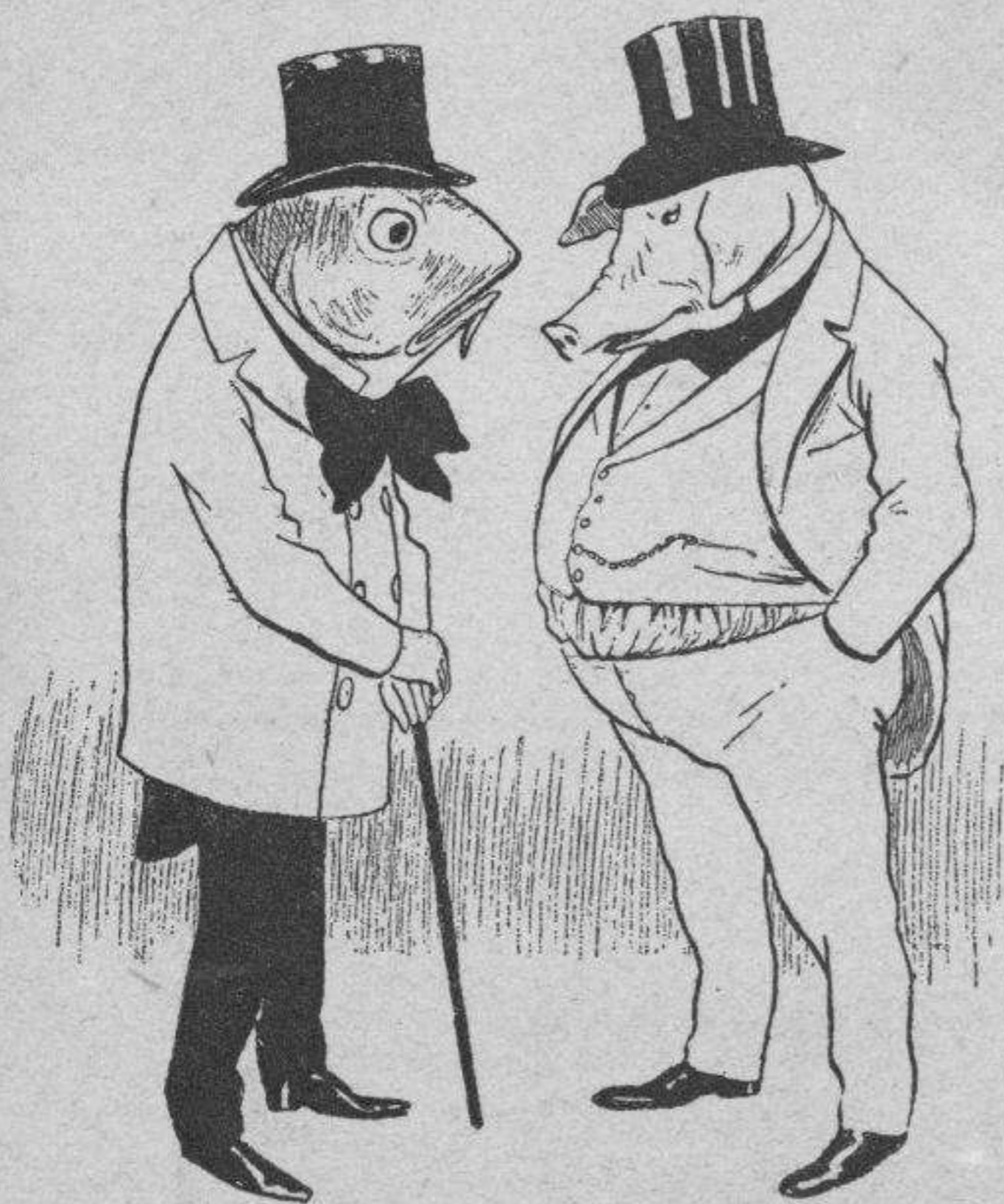
E. BERNABÉU TORREGROSA.

Tarjeta



Combinar estas letras de modo que se lea el nombre
y apellido de una conocida tiple.

JOSÉ VALLÉS.



Dice mi esposa que tengo cabeza de cerdo. Y á mí ¿qué?
—Pues la mía asegura que la tengo de atún. Y yo ¡nada!
—¡Claro! ¡La gran cuestión es no tenerla de buey!...

Logogrifos numéricos

I

7
6 3
4 5 1
4 3 1 8
1 8 4 2 6
7 2 4 3 2 6
4 2 1 3 2 6 8
1 2 3 4 5 6 7 8
2 1 4 2 6 7 8
4 2 3 4 8 6
1 8 6 7 2
7 8 1 2
1 3 8
4 3
5

Consonante.
Negación.
Apellido.
Idem.
Nombre de varón.
Idem.
Idem.
Idem.
Idem.
Idem.
Idem.
Capital andaluza.
Título de un drama.
En Zaragoza.
Nota musical.
Vocal.

M. CERVERA Y MENGUIJÓN.

II

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0
5 2 3 7 8 9 4 8 0
9 4 0 3 2 8 2 5
8 2 6 2 5 4 0
6 0 4 5 2 5
5 4 6 0 8
4 8 2 5
8 0 2
6 4
9

Nombre de varón.
Idem.
Idem.
Idem.
Nombre de un profeta.
Idem de varón.
Idem de mujer.
Idem de varón.
Nota musical.
Número romano.

FRANCISCO MOTAS DÍAZ.

Cruz latina

* * *
* * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * *
* * *

Substitúyanse las estrellitas por letras, de modo que
leídas horizontal y verticalmente, resulte: 1.^a línea, un
rio de Europa; 2.^a, un ácido; y 3.^a, un metal.

M. GUTIÉRREZ ROCAFULL.

Soluciones á lo insertado en el núm. 561

CHARADA.—Posada.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Entornada; II, Sin
ton ni son.

ESTRELLA:

A C A
N I R L
T O I E B
O N A R
I C T
R O G E L I O D N U G E S
R I I
O R C
D A A
I C A N
S A G
I M I

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Florista.

PLAZA DE TOROS
DE **MURCIA**

BENEFICIO
DE LA TIENDA-ASILO
GIRAS
Corrida de Toros
para el día 9 de Abril de 1901

SEIS MAGNIFICOS TOROS
de la ganadería ganadería de
D. EDUARDO IZARRA

FUENTES ALGABENO

Entrada General, 3 pias. Media entrada, 2 pias.



20 céntos.

Núm. 563

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, Heraldo Taurino y El Suceso ilustrado.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Postre de azúcar picante

Después de comer á gusto con una mujer hermosa, te acercas mucho á su cara, la miras con ansia loca, pruebas la miel de sus labios cual liviana mariposa... y ya verás qué *picante* y qué *dulce* está la cosa.

J. A.

Historia Sagrada:

—Di, mamá,—pregunta la niña.—¿Por qué Jesús, al resucitar, se presentó primero á las mujeres?

—Porque quería que la noticia corriese con la velocidad del rayo.

En un hotel veíase el siguiente letrero:

«Aquí se habla el francés, inglés, italiano y alemán.»

Llegó un inglés y pidió un intérprete de su idioma.

—No hay intérpretes,—contestó el dueño del hotel.

—¡Cómo!—dijo el inglés, medio chapurreando el español.—Pues si no hay intérpretes, ¿quién habla esas lenguas que dice el cartel?

—¡Los viajeros!

—Mamá: ¿qué es la inocencia?

—Una cosa... una cosa... que cuando se sabe lo que es deja de existir.

Durante las fiestas franco-rusas se alquilaron cuantos balcones y ventanas había en la carrera que el czar había de seguir.

Una familia, acabada de llegar de provincias, entra en la portería de una casa de la calle X.

—¿Cuánto pide usted por sus ventanas?

—Cinco francos por cabeza,

—Aceptado.

—Sólo que debo advertirles que las ventanas dan al patio.

Un niño pregunta á un banquero:

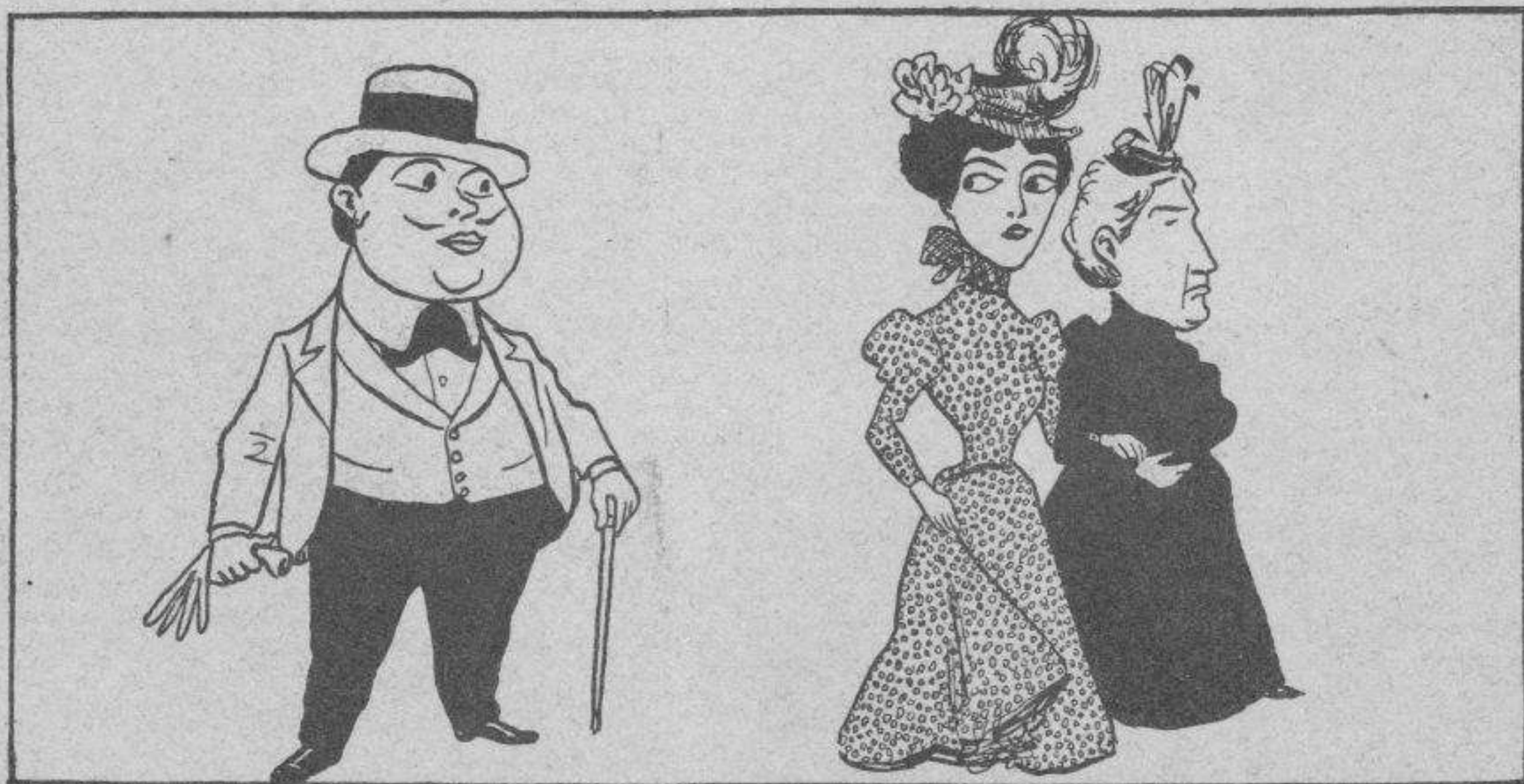
—¿Qué es eso que llaman ustedes la Bolsa?

—La Bolsa,—contesta el banquero,—es un saquito de tela en el que se guardan las economías, y también es un gran edificio que sirve para perderlas.

Una señora un poco coqueta, y que á pesar de los años conservaba algo de su hermosura juvenil, mirábase al espejo suspirando.

—¿Qué tienes?—le preguntó su esposo?

—Nada: suspiro porque veo con pena cómo cambian los espejos.



—Parece que me mira...
¡Yo me decido!